

Digitalización, Estado de excepción y la desaparición de lo que tenemos en común

Digitalization, State of Exception and the disappearance of what we have in common

Enzo Girardi
enzogirardi@hotmail.com
Universidad Nacional de San Martín, Argentina

RAIGAL. Revista Interdisciplinaria de Ciencias Sociales
N°10, Abril de 2023 - Marzo de 2024 (Sección Dossier, pp. 41-54)
e-ISSN 2469-1216
Villa María: IAPCS, UNVM
<http://raigal.unvm.edu.ar>
Recibido: 29/11/2023 - Aprobado: 11/02/2024

Resumen

La digitalización ubicua redefine los patrones que guían la producción y reproducción de dinámicas de poder y concentración de riqueza. Millones de personas, utilizando inéditos recursos de cómputo, recrean un tipo de sociabilidad en redes mediada por algoritmos, la sociabilidad digital, que impone sus propias referencias políticas y culturales. Emerge en este contexto una gubernamentalidad algorítmica que articula y resignifica la vida. Por su impacto sobre los fundamentos mismos de la condición humana, esta matriz tecno-social habilita la emergencia de un Estado de excepción permanente, que desmonta los mecanismos de mediación social heredados de la modernidad liberal y con ello, diluye la posibilidad de construir lo que tenemos en común, condición necesaria para los consensos básicos que hacen posible la democracia.

Palabras clave: digitalización; Estado de excepción; algoritmo; comunidad; predicción; control; democracia

Abstract

Ubiquitous digitalisation redefines the patterns that guide the production and reproduction of power dynamics and wealth concentration. Millions of people, using unprecedented computing resources, recreate a networked sociability mediated by algorithms, digital sociability, which imposes its own political and cultural references. In this context, an algorithmic governmentality emerges that articulates and re-signifies life. Because of its impact on the very foundations of the human condition, this techno-social matrix enables the emergence of a permanent state of exception, which dismantles the mechanisms of social mediation inherited from liberal modernity and thus makes it impossible to build what we have in common, a necessary condition for the basic consensuses that make democracy possible.

Keywords: digitalization; state of exception; algorithm; community; prediction; control; democracy

Digitalización, Estado de excepción y la desaparición de lo que tenemos en común

Introducción

En la era digital, de tecno-capitalismo o capitalismo avanzado, millones de personas conectadas por dispositivos móviles, interactuando en red y utilizando inéditos recursos de cómputo, inauguran un nuevo tipo de sociabilidad, mediada por algoritmos, que rediseña los patrones políticos, culturales y económicos. La sociabilidad en redes se configura por la omnipresencia de tecnologías de la información y la comunicación (TICs), la ubicuidad de la Inteligencia Artificial (IA) en las cadenas de valor, y la ingeniería biogenética.

Las grandes corporaciones tecnológicas organizan la información que proporciona la huella digital de los usuarios para perfilar su personalidad y abordar comportamientos, deseos y necesidades. Esta inteligencia tecnocrática abre las puertas a mecanismos de control social sin precedentes, a medida que erige a la tecnología digital en interfaz que articula y resignifica toda la vida social.

La digitalización hace posible registrar y monitorear cada actividad de las personas, permitiendo procedimientos que describen el surgimiento de una ingeniería social totalizadora, que Eric Sadin describe como “totalitarismo digital blando” (2018: 139)¹. Se asienta sobre una matriz tecnológica que instrumentaliza un tipo de gubernamentalidad, algorítmica, que Rouvroy y Berns definen como “un cierto tipo de racionalidad (a)normativa o (a)política que reposa sobre la recolección, la agrupación y análisis automatizado de datos en cantidad masiva de modo de modelizar, anticipar y afectar por adelantado los comportamientos posibles”. (Rouvroy&Berns, 2016: 96).

Al respecto, Pablo Rodríguez agrega:

Cuando la vida misma se ha informatizado o digitalizado, cuando la sociedad misma se sitúa en el espacio de un procesamiento algorítmico generalizado, y cuando de hecho “la” sociedad se convierte en “redes sociales maquínicas”, el algoritmo pasa a tener un valor pragmático. (Rodríguez, 2018: 21)

La digitalización convierte la información sobre y de las personas en insumos para crear riqueza y poder, sentando las bases de una nueva forma de capitalismo, que Shoshana Zuboff describe como “capitalismo de la vigilancia” (Zuboff, 2020: 8), porque el acceso a la intimidad de las personas a través de la extracción de su información privada y la posibilidad de manipularla para influir en sus comportamientos abre las puertas a formas novedosas, por lo intrusivas y sofisticadas, de control social. Al describir el impacto de este modelo de negocios sobre el sistema político, subraya:

El asalto sobre los datos acerca del comportamiento en el día a día de las personas es tan amplio que las dudas ya no se pueden circunscribir al concepto de privacidad y a sus efectos. Ahora estamos ante otro tipo de desafíos, que amenazan las bases mismas del orden liberal-moderno. Son retos que impactan sobre la integridad política de las sociedades y el futuro de la democracia (Zuboff, 2016, párrafo 12).

La posibilidad de manipular comportamientos a través de unos mecanismos que extienden a la totalidad de lo social la mediación maquinal implica la opción de influir con una eficacia sin precedentes sobre el acto de pensar individual y libremente, instancia germinal de la acción política. La clausura de lo político implica la imposibilidad de elaborar lo común, de crear comunidad. “Nos enfrentamos a un

¹ E. Sadin utiliza el concepto “soft-totalitarismo digital”.

poder totalizador (...) una forma completamente nueva de gobernanza por parte de unos pocos sobre muchos (...) vivimos en un mundo en el que todo lo que hacemos está monitoreado”, dice Zuboff (2023, párrafo 1) y puntualiza “los futuros que ofrecen el capitalismo de la vigilancia y la democracia no son compatibles” (2023, párrafo 5).

Los extendidos efectos de esta gubernamentalidad algorítmica configuran un Estado de excepción permanente porque la naturaleza del mismo sistema operativo del orden digital debilita los sistemas de mediación social y pone en crisis el sentido de comunidad. La imposibilidad de elaborar lo común, de crear comunidad, hace inviable el pacto social. El impacto de la digitalización en el sentido de comunidad no sólo corroe la idea misma de Estado-nación, sino que también debilita la posibilidad de construir los consensos básicos que hacen posible la vida democrática.

El Estado de excepción se presenta como el momento de crisis que explica la transición de un orden democrático a otro neautoritario, gestionado a través de una gubernamentalidad algorítmica que deviene en consumada praxis de gobierno. Kate Crawford explica que “es un rediseño radical de la vida cívica, donde los centros de poder se fortalecen con herramientas que concuerdan con las lógicas del capital, la policía y la militarización” (Crawford, 2021: 225).

La conectividad en red ad infinitum, a través de la mediación algorítmica de los dispositivos digitales, facilita y optimiza las operaciones de acción psicológica, de propaganda, las operaciones de influencia y de desinformación que fragmentan y polarizan a la sociedad; este tipo de acciones debilitan el pacto social erosionando el compromiso, la confianza y la voluntad del grupo social por un destino compartido.

Objetivo y metodologías

En este artículo se analizará y argumentará el progresivo y consistente establecimiento de un Estado de excepción a partir de la extensiva imposición de un régimen digital que impacta, redefiniéndolas, todas las dimensiones de la vida humana. Se intenta demostrar cómo -partiendo de lo evidente: la innovación a través de tecnologías basadas en la gestión de datos está cambiando las relaciones sociales porque implica nuevas y poderosas capacidades para crear, decidir, influir y comunicar-, se configura un Estado de excepción permanente que representa la consumación de un orden neautoritario como nueva normalidad social.

En el texto se toman como referencias las reflexiones de autores que analizan la creciente influencia de los dispositivos digitales y las redes sociales en la vida cotidiana de las personas y cómo sus efectos impactan la convivencia y las prácticas democráticas (Acemoglu, 2022; Baricco, 2018; Berardi, 2018; Crawford, 2021; Han 2014, 2021, 2022; Harari, 2018; Sadin, 2017, 2018, 2020, 2022; Tufekci, 2018; Zuboff, 2015, 2016, 2019, 2020, 2023). En sus trabajos abordan los efectos de la digitalización sobre la democracia desde una perspectiva crítica, alumbrando los trazos de un enfoque disidente respecto de los apuntes tecno-optimistas, incluso tecno-fundamentalistas, habituales entre los portavoces corporativos, académicos y mediáticos del ecosistema Silicon Valley. Asimismo, son de utilidad los recursos que provee la netnografía o etnografía digital para descifrar los entresijos de una cultura digital emergente a partir del análisis cualitativo de los contenidos que fluyen a través de medios digitales y plataformas en línea.²

Para examinar la emergencia del Estado de excepción se recurre a los presupuestos con los que distintos autores abordaron el concepto, desde Carl Schmitt, Walter Benjamin y Giorgio Agamben hasta Joseph Achille Mbembe, Luis Arizmendi y Yuval Harari. Por otra parte, tres formulaciones teóricas resultan particularmente relevantes a los objetivos del texto, la de “capitalismo de vigilancia”, elaborada por Shoshana Zuboff, y las de “necropolítica” y “capitalismo necropolítico” acuñadas por Joseph Achille Mbembe y Luis Arizmendi, respectivamente.

² Para conocer los aspectos básicos de la netnografía se puede consultar a Kozinets, Robert V., Pierre-Yann Dolbec, and Amanda Earley (2014), *Netnographic Analysis: Understanding Culture through Social Media Data*, in Uwe Flick, ed. *Sage Handbook of Qualitative Data Analysis*, Sage: London, 262-275

Redes y sociabilidad digital

El uso masivo de dispositivos digitales en la red permite a los ciudadanos generar sus propios recursos comunicativos, de forma más horizontal y sin las mediaciones clásicas (institucionales, humanas, intencionales) para expresar sus emociones de forma libre y abierta (Castells, 2010). La aparición de redes, blogs y aplicaciones de mensajería ha roto con el monopolio de los medios de comunicación tradicionales en la construcción de la realidad, a través de una dinámica que crea un proceso generalizado de pluralización de los intercambios de información. Emergen desde allí nuevas identidades, cánones culturales y sistemas de representación que se corresponden a esta etapa del desarrollo técnico del capitalismo.

Un informe elaborado por la empresa de investigación especializada en el mercado digital Data.ai (s.f.) destacó que los usuarios de teléfonos móviles dedicaron, el año pasado y en todo el mundo, casi la mitad de su tiempo de navegación por la red a distintas aplicaciones sociales. Facebook, por ejemplo, concentró la atención de unos 3.000 millones de personas.

Estas interacciones, que convierten a las redes en la “plaza pública” de la era digital, rediseñan las relaciones sociales de manera plural, cambiante y desigual porque conllevan un poder performativo potencialmente disruptivo y de alcance sistémico. De la viralidad (más y más *likes*), emerge la noción de verdad en la sociabilidad digital. En la red extendida hasta unificar en una “esfera de datos” el mundo digital y analógico, los consensos surgen de lo que Eli Pariser (2011) describió como “burbujas de Internet”. El algoritmo del motor de búsqueda de Google, por ejemplo, afianza la integración del individuo a grupos de afinidad. Las cámaras de eco cimentan a grupos de iguales, personas que comparten un perfil cognitivo semejante y simetrías socioeconómicas, culturales, ideológicas. Entonces, las interacciones se producen en esas burbujas, o comunidades, entre iguales. La caracterización del otro, del diferente, es facilitada por explicaciones reduccionistas binarias, y su verdadera función será dar carnadura a la representación de otredad que se forja en esa cámara de eco.

Los intercambios entre iguales debilitan la pluralidad, porque lo otro, lo diferente, desaparece. En consecuencia, también desaparece la pluralidad, condición elemental para la práctica democrática genuina.

“La red no forma una esfera pública” afirma Han (2022:25) y lo explica así: “Las redes sociales amplifican una comunicación sin comunidad. No se puede formar ningún público político a partir de influencers y seguidores. Las comunidades digitales son una forma de comunidad reducida a mercancía. Son commodities” (Han, 2022: 25).

Un trabajo de investigación realizado por profesores del Massachusetts Institute of Technology (MIT) utilizando datos de intercambios de mensajes a través de Twitter entre 2006 a 2017, demostró que:

Aproximadamente 3 millones de personas difundieron alrededor de 126.000 rumores. Las noticias falsas llegaron a más personas que las verdaderas; el 1% superior de las cascadas de noticias falsas se difundió entre 1.000 y 100.000 personas, mientras que las de noticias verdaderas rara vez se difundieron a más de 1.000 personas. (Vosoughi, S., Roy, D., & Aral, S, 2018, párrafo 8)

Los mismos autores concluyeron que las mentiras se difunden más rápido y más ampliamente que la información precisa y certera.

Las redes funcionan al mismo tiempo en espacio de intercambios y en fuente de información. Zuboff asegura que “Facebook ha transformado la esfera pública” y explica que “controla los principales espacios de comunicación social en todo el mundo y la información que circula en ellos. Es decir, controla lo que se supone que sea nuestra esfera pública” (2023, párrafo 5). En ese sentido, subraya:

La creencia de que el comportamiento humano puede modelarse, predecirse y controlarse perfectamente conlleva como consecuencia (...) la sustitución de cualquier apariencia de sociedad democrática y participativa por la certeza algorítmica. (James Bridle, 2-02-2019)

Según un estudio del Pew Research Center (The New York Times, 20-11-23), en Estados

Unidos, las encuestas anuncian que las personas de la Generación Z, aquellas nacidas después de 1996, se informan principalmente a través de las redes sociales y las aplicaciones de mensajería. Facebook sigue siendo la fuente de noticias más importante porque tiene más usuarios, pero un estudio de campo revela que alrededor del 43 por ciento de los adultos que usan TikTok también se informan prioritariamente por ese medio.

La subjetividad resultante también se traduce a acción política.

El 8 de abril de 2022 activistas de extrema derecha y partidarios del expresidente Jair Bolsonaro intentaron ocupar el Parlamento Nacional en Brasil para impedir el traspaso del gobierno al nuevo presidente, el líder izquierdista Lula Da Silva: "Todo estaba organizado en grupos de Telegram y WhatsApp (...) También en Instagram estas personas están muy interconectadas y hay mucha comunicación multiplataforma. El movimiento se organizó a través de grupos públicos de WhatsApp y Telegram", explicó al diario Folha de San Pablo Patricia Campos Mello, periodista y especialista en estudios sobre campañas de desinformación en la Universidad de Columbia, EE. UU. (Ramírez, 10-01-2023)

La utilización de los recursos digitales con resultados disruptivos pone en evidencia los efectos potenciales de una matriz tecnológica con capacidades para imponer su propia racionalidad sobre las relaciones sociales. Las tecnologías que facilitan la participación y el activismo políticos también contribuyen a dividir, difamar y posibilitan la construcción de alteridad negativa sobre el diferente o el adversario, para crear confusión y operar sobre sentimientos de odio, rechazo y frustración.

“Nadie discute que las plataformas de redes sociales han sido un conducto importante para el discurso de odio, la desinformación y la propaganda” afirma Daron Acemoglu (2022, párrafo 4), y puntualiza:

Reddit y YouTube son caldos de cultivo para el extremismo de derecha. Los OathKeepers usaron Facebook, especialmente, para organizar su papel en el ataque del 6 de enero de 2021 contra el Capitolio de los Estados Unidos. Se descubrió que los tuits antimusulmanes del expresidente de los Estados Unidos, Donald Trump, han alimentado la violencia contra las minorías en los Estados Unidos. (Acemoglu, 2022)

Los recursos digitales dejaron de constituir una herramienta para construir mejores estándares de libertad (la ilusión de los fundadores de Internet) para convertirse, también y en la mirada crítica de científicos, analistas y activistas, en instrumentos que afectan la integridad de las democracias y socavan el pacto social que la sostiene. A través de la mensajería en línea y las redes sociales ganan protagonismo expresiones políticas y liderazgos que apuestan a la polarización social. Esta estrategia -en parte automatizada, en parte instrumentalizada con finalidad instrumental y política- conduce a la construcción de una narrativa antidemocrática. La narrativa de la democracia “liberal”.

Harari, Harris y Raskin afirmaron en un artículo publicado en el The New York Times que:

La IA detrás de las redes sociales fue suficiente para crear una cortina de ilusiones que aumentó la polarización social, socavó nuestra salud mental y deshizo la democracia. Millones de personas han confundido estas ilusiones con la realidad. Estados Unidos tiene la mejor tecnología informática de la historia, pero los ciudadanos estadounidenses ya no pueden ponerse de acuerdo sobre quién ganó las elecciones. (Harari et al., 24-3-2023)

Lo singular del presente es la facilidad con la que la polarización social cobra densidad, su inmediatez y la velocidad exponencial con la que se propaga. Detrás de esta dinámica está la transformación de la esfera pública y el impacto que ha tenido Internet en la forma de entender y sentir el mundo.

Zeynep Tufekci explica que:

Para entender completamente lo que ha sucedido, necesitamos examinar cómo la dinámica social humana, la conectividad digital ubicua y los modelos de negocios de los gigantes tecnológicos se combinan para crear un entorno donde la desinformación prospera, e incluso la información verdadera puede confundir y paralizar en lugar de informar y esclarecer (Tufekci, 2018, apartado 1, párrafo 9).

La democracia se agrieta a medida que desde las redes sociales omniscientes y los servicios de mensajería personalizados se difunde información falsa, confusa o manipulada, que rápidamente se viraliza y llega a millones de usuarios. Incluso aunque los mecanismos de control y seguimiento político no son fenómenos nuevos ni surgieron con la expansión masiva de los recursos digitales, lo que es evidente es que en la nueva modernidad digital neocapitalista este tipo de operaciones adquiere una escala, profundidad y eficiencia sin precedentes.

Las operaciones de influencia y desinformación utilizan la nueva geografía digital para exacerbar las contradicciones y tensiones existentes en el seno del grupo social utilizando hechos reales y falsos, y provocar, si fuera posible, una desconcertante combinación de ambos.

Las operaciones de desinformación buscan producir engaño, afectando la forma en que el público destinatario percibe la realidad y su entorno, imitando formas legítimas de debate público y utilizando formas establecidas de participación para aprovechar los recursos mediáticos-digitales existentes y la confianza que la gente deposita en ellos (Olmo & Romero, 2019).

El objetivo de la desinformación no consiste, necesariamente, en imponer una narrativa sino, también, en afectar la opinión pública degradando las posibilidades de consenso y el sentimiento de confianza del público.

Las operaciones de influencia se enfocan en el proceso de formación de opinión del receptor con el objetivo de hackearlo o piratearlo usufructuando sus debilidades. Parten de identificar los sesgos que dan forma al comportamiento para afectar los sentimientos y redirigir las decisiones (Goldstein & Sastry, 2023).

La desaparecida compañía británica Cambridge Analytica recurrió a algunos de estos procedimientos para influir, según las conclusiones a las que llegó una comisión especial para investigar su actuación del Parlamento inglés³, en las elecciones que hicieron presidente de Estados Unidos a Donald Trump y en el referéndum por la salida de Reino Unido de la Unión Europea (Brexit), ambos en 2016. Su gestión consistió en utilizar Big data e IA para comprender las emociones profundas de la gente. Creó mensajes políticos personalizados, dirigidos exclusivamente a cada persona, porque disponía de los algoritmos para comprender sus emociones y cómo manipularlas. Combinó la minería de datos con la comunicación estratégica en los dos procesos electorales. La información generada en línea (huella digital) se usó para construir perfiles cognitivos detallados de individuos y de grupos y de ese modo establecer parámetros de predicción de su comportamiento político.

Andy Wigmore, director de comunicación de “Leave-EU”, lo admite sin rodeos: “Cambridge Analytica nos enseñó cómo crear perfiles, cómo orientar a la gente y cómo recoger datos de los perfiles de Facebook.” (Cadwalladr, 2/12/2016) Y precisa:

Facebook fue la clave de toda la campaña, fue el arma más potente... Porque el uso de la inteligencia artificial, como lo hicimos, te dice todo tipo de cosas sobre una persona y cómo convencerla, con qué tipo de anuncio. Y sabías que también habría otras personas en su red a las que podrías propagar ese mensaje. Y así sigues. La computadora nunca deja de aprender y nunca deja de monitorear. (C. Cadwalladr, 2/12/2016)

Organización algorítmica de la vida

El orden digital crea una “práctica del mundo” (Baricco, 2018: 83). A través de la sociabilidad digital el mundo se vuelve más difuso, débil en sus vínculos internos, global y dividido, interconectado y fragmentado. En este contexto, las capacidades que generan algoritmos cada vez más potentes, menos transparentes y más complejos para intervenir la subjetividad de las personas forjan posibilidades inéditas para manipularlas. Los desarrollos de IA y recursos como el modelo de lenguaje generativo ChatGPT profundizan estos efectos.

³ La investigación que realizó el Parlamento británico, en base a los testimonios de empleados de Cambridge Analytica, demostró que la compañía participó en las elecciones nacionales de otros 26 países, entre ellos en las de Argentina en 2015.

La distinción entre el ciberespacio y el espacio real se está diluyendo en el devenir de un proceso tecnológico que crea una existencia paralela, híbrida, en la que confluyen la experiencia física, corpórea, analógica, tangible con prácticas cotidianas que se construyen a través de tecnologías digitales, desde el teléfono móvil a las redes sociales pasando por la IA.

Los académicos Sarah Kreps y Douglas Kriner probaron, a través de un experimento que realizaron en 2020, que los modelos de lenguaje (ChatGPT, por ejemplo) pueden usarse para generar una conversación artificial o simular una situación real, de tal modo que se vuelve prácticamente imposible discernir qué es verdadero y qué no lo es. Enviaron cartas escritas por IA y por seres humanos a los legisladores nacionales en Estados Unidos y descubrieron que prácticamente éstos no podían diferenciar una de otra: sólo un dos por ciento más de los encuestados eligió responder a las cartas escritas por seres humanos antes que a las generadas por IA. (Kreps & Kriner, 2023).

Las herramientas que pone en juego el complejo tecno-mediático operan sobre la subjetividad con fines de predicción y control. Los algoritmos organizan la información que provee la huella digital de los usuarios para perfilar su personalidad y abordar los comportamientos, deseos y necesidades. Esta inteligencia tecnocrática, que transparenta, visibiliza la intimidad de cada persona y que abre las puertas a mecanismos de control inéditos, advierte de la emergencia de un impulso tecno-totalitario, silencioso y extendido, cuya eficiencia radica en su capacidad para intervenir sobre el cerebro/mente/conciencia (Sadin, 2018).

Han lo explica así: “El psicopoder es más eficiente que el biopoder, ya que observa, controla e influye al ser humano no desde fuera, sino desde dentro. La psicopolítica potencia el comportamiento social de las masas accediendo a su lógica inconsciente” (2014: 81).

El capitalismo informacional resignificado como capitalismo de vigilancia se basa en la comercialización del comportamiento humano. Las commodities son las trazas digitales en la red que dejan nuestros comportamientos. Y la tecnología de poder que se deriva de esta nueva lógica de acumulación monetiza la intimidad y prioriza, por sobre la propiedad de los medios de producción, la de los medios de manipulación de comportamientos (Zuboff, 2015).

La construcción tecnológica de la personalidad estandariza al ser humano, lo aleja de lo imprevisible, lo sistematiza y codifica, pautando las reacciones, reconfigurando las creencias y afectando el libre ejercicio del juicio personal.

El big data y la IA son como una lupa digital que descubre el inconsciente oculto del agente tras el espacio consciente de la acción (...) Los macrodatos y la IA ponen al régimen de información en condiciones de influir en nuestro comportamiento por debajo del umbral de la conciencia (...) Su psicopolítica basada en datos interviene en nuestro comportamiento sin que seamos conscientes de ello”. (Han, 2021:13)

La segmentación del público que posibilita el algoritmo rediseña el sistema de relaciones y redefine la acción política, fragmentando el espacio de participación y favoreciendo la asociación de voluntades en torno a objetivos puntuales, parciales, coyunturales. El ser digital surge como un ser individual, protagonista de asociaciones fugaces e inestables. Sus prioridades se alejan de lo común y se sitúan en un nivel grupal, temporal y superficial, y de esa manera la política pierde su sentido totalizador.

Las herramientas digitales introducen la era de la “organización automatizada de la vida” señala Sadin(2018: 61). Y subraya:

Poco a poco se disuelve el sujeto moderno, aquel que surgió de la tradición humanista y que instituyó al individuo como ser singular y libre, plenamente consciente y responsable de sus actos. El poder de lo político basado en la deliberación se desmorona, para otorgar progresivamente a los resultados estadísticos y a las proyecciones algorítmicas la responsabilidad de establecer y decidir las elecciones públicas. (Sadin, 2017: 30)

En la misma línea de interpretación, Franco Berardi advierte que la digitalización alumbró un proceso de mutación cognitiva “que disolverá la relación histórica entre conciencia, política y libertad”(2018: 345). Agrega:

La automatización está reemplazando la decisión política. La palabra gobernanza refiere esencialmente a esta automatización en la toma de decisiones y en la interpretación de los datos, implica el fin de la política, la democracia y el establecimiento de una cadena automática de procedimientos lógicos que pretenden reemplazar las elecciones voluntarias y conscientes. La automatización está transformando el organismo social en un enjambre. (Berardi, 2018: 345)

Cultura de vigilancia y nuevo ethos individual

El orden digital se articula en un horizonte en el que el capital, la cultura, la tecnología y la política se mezclan, interaccionan, más allá del poder de organización de los Estados-Nación. La expansión global del paradigma Silicon Valley reseña la emergencia de un orden corporativo que se vuelve hegemónico a medida que coloniza la política, la economía y la cultura tornando ineficaces a los Estados-Nación, y que Pierre Lévy atribuye a un elenco de nuevos actores internacionales, los Estados-plataforma:

Gigantes de la web como Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft han adquirido un poder extraordinario... Muchas funciones sociales y políticas, que son funciones tradicionales de los Estados-nación, están siendo transferidas a estas empresas. Creo que ésta es una nueva forma de Estado, a la que llamo Estado- plataforma. (Lévy, 2021, párrafo 12)

El Estado se transforma en garante y gestor del desembarco territorial de las grandes tecnológicas y de la puesta en marcha de un modelo tecnológico/político/económico/cultural que activa un proceso de transferencia masivo de información, de datos, la materia prima del nuevo capitalismo, del ámbito público al sector privado. “Los conjuntos de datos en IA nunca son materia prima para alimentar algoritmos: son inherentemente intervenciones políticas. Toda la práctica de recolectar datos, categorizarlos y etiquetarlos, y luego usarlos para entrenar sistemas es una forma de política”, afirma Crawford (2021: 221).

El régimen digital ha cambiado la forma en que se percibe, construye y proyecta el poder. Ha impactado en la forma en que actúan los decisores políticos y corporativos, de tal modo que las capacidades cibernéticas están cada vez más ligadas a las herramientas tradicionales del arte de gobernar.

El sector corporativo digital se ha convertido en aliado indispensable para las políticas de control, vigilancia y disciplinamiento social que aplican los gobiernos, ya que aportan soluciones de infraestructura, software y hardware, mientras que el Estado les provee el marco legal para operar y optimizar sus desarrollos. Este vínculo, que posibilita a los gobiernos más y mejores capacidades para reunir información sobre sus ciudadanos, pone de manifiesto el impacto sistémico de las grandes compañías tecnológicas.

“La vigilancia se ha convertido en un componente crucial” de los entornos digitalizados, advierte David Lyon (2010: 207), director del Centro de Estudios de Vigilancia y profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Queen (Ontario, Canadá), y como ejemplo, se recuerda la paulatina expansión de las herramientas de reconocimiento facial en ciudades occidentales o el programa de Crédito Social en China que, siguiendo la huella digital de los ciudadanos, los premia o penaliza según cumplan o no las leyes. Es decir, allí la valoración crediticia de cada persona depende de su comportamiento cotidiano. Por ejemplo, no respetar las normas de tránsito o comprar cantidades excesivas de bebidas alcohólicas en el supermercado puede afectar su acceso al crédito. El gobierno lo presenta como un sistema para procurar que los ciudadanos respeten las normas básicas para la vida en sociedad, pero los críticos lo describen como un aceitado mecanismo de vigilancia y disciplinamiento social.⁴

⁴ El Economista: Crédito social chino: el sistema de puntos que ya se exporta a otras sociedades. <https://www.economista.es/economia/noticias/12325879/06/23/credito-social-chino-el-sistema-de-puntos-que-ya-se-exporta-a-otras-sociedades.html>

Lyon (2017) utiliza el concepto “cultura de vigilancia” para describir la acentuada dimensión securitaria de la gubernamentalidad algorítmica. Afirma que vivir vigilados “se ha convertido en un modo de vida (...) Somos protagonistas, como nunca, de nuestra propia vigilancia al compartir, voluntaria y conscientemente o no, nuestra información personal en el dominio público en línea” (Lyon, 2017: 830), y agrega:

Ya no es simplemente algo externo que incide en nuestras vidas. Es algo que los ciudadanos cotidianamente cultivan, gestionan -de buena gana o no, con intención o no-, incluso inician y desean (...) Las personas participan activamente en un intento de regular su propia vigilancia y la vigilancia de los demás. (Lyon, 2017: 831).

Lyon explica, acerca de esta cultura de vigilancia, que

es un producto de la modernidad digital. Y (la vigilancia) ha dejado de representar un aspecto institucional de la modernidad o un modo tecnológicamente mejorado de disciplina o control social, ahora es una realidad y una dinámica que se interioriza y que forma parte de nuestro estilo de vida cotidiano. (Lyon, 2017: 832).

La amplia digitalización de las relaciones sociales posibilita la ejecución de estrategias de vigilancia estatal y corporativas, mediadas por soluciones tecnológicas cada vez más rápidas y potentes, que se enfocan en la vida cotidiana de las personas volviendo visibles eventos, objetos y procesos que hasta ahora formaban parte de la privacidad-intimidad de cada uno.

La emergencia de una cultura de vigilancia que las personas cultivan reclamando más y mejores dispositivos (más cámaras, más policías, más controles), que demandan y legitiman aún a riesgo de visibilizar su intimidad, de transparentar su privacidad, alumbrando un tipo de práctica social, constitutiva de un nuevo estilo de convivencia, que Lyon describe como “sociedad de la vigilancia”, concepto que, dice, reseña “las formas en que la vigilancia se desbordó desde sus límites anteriores (departamentos gubernamentales, agencias de policía, lugares de trabajo) para afectar muchos aspectos de la vida cotidiana”. En la sociedad de la vigilancia, la forma en que las personas naturalizan la vigilancia y el control, describen “una forma de ver la vida, una forma de ser”, puntualiza (Lyon, 2017: 828).

La visibilidad es el resultado natural de las interacciones en la red, pero el tipo de subjetividad que la cultiva y celebra revela la emergencia de, en palabras de Sadin (2022: 216), un “imaginario que alienta la ilusión de cierta autosuficiencia”. Un tipo de comportamiento que anuncia un nuevo ethos individual, por el que la persona profundiza su autopercepción como individuo situándose fuera, escindido, de todo lo que depende de una comunidad de destino (Sadin, 2022).

Este nuevo ethos reseña la entronización de un tipo de individuación extrema, el “individuo tirano” (Sadin 2022: 36), protagonista de una condición civilizatoria inédita a medida que la horizontalidad de las redes y el desencadenamiento de las lógicas neoliberales provocan la atomización de los sujetos, una dinámica que “muestra la abolición progresiva de todo cimiento común, incapaces de anudar entre ellos lazos constructivos y duraderos” (Sadin 2022: 37).

El filósofo francés explica que “el individualismo liberal, que aspiraba a la autodeterminación de los ciudadanos, pero dentro de un grupo común, tomó la forma de una personalización del comportamiento indiferente a cualquier horizonte colectivo” (Sadin 2022:75). Y subraya que “los años 2010 suscribieron una desconexión continua entre los seres y el conjunto de lo común (...) de una comunidad de destino, constituida por relatos, representaciones, imaginarios, costumbre, maneras de vivir, reglas y leyes que tienen el valor de ser bases compartidas” (Sadin 2022: 32).

La gubernamentalidad algorítmica reseña y articula una sociabilidad de individuos expuestos a mecanismos de control y disciplinamiento, que son a la vez protagonistas de un activismo digital exacerbado. Esta subjetividad ahonda la ilusión de la libertad individual que en los hechos se encaja en (y se redefine según) los parámetros estandarizados de las plataformas digitales.

Silicolonización y orden neautoritario

“Soberano es quién decide el Estado de excepción” sentenció Carl Schmitt en 1922 en “Teología Política” (Schmitt, 2004: 23). Han reinterpretado hoy esa afirmación: “Ante la revolución digital, Schmitt reescribiría su dictum sobre la soberanía: soberano es quien gobierna la información en la red” (Han, 2023: 13). Desde esta perspectiva, entonces, soberano hoy es quien impone su hegemonía narrativa en la emergente civilización de plataformas digitales.

Giorgio Agamben describe el Estado de excepción como el dispositivo desde el que un poder supremo, soberano, omnipresente, captura la totalidad de la vida, de tal modo que configura una nueva realidad que “se presenta como la forma legal de aquello que no puede tener forma legal” (Agamben, 2004: 24). Ni anomía, ni caos, sino otro orden. Un “universo paralegal” explica Judith Butler, bajo la forma de una configuración performativa que recrea una soberanía “espectral” (Butler, 2004: 91). En el mismo sentido, Carl Schmitt subraya: “El estado de excepción es siempre algo bien diferente de la anarquía y del caos y, en sentido jurídico, en él existe todavía un orden, inclusive si no es un orden jurídico” (Schmitt, 2004: 26).

Walter Benjamin enfatiza que la excepción se convierte en regla debido a las condiciones de subordinación de los sectores oprimidos y a la naturaleza de la dominación. El resultado es un orden (un orden hegemónico) que es profundamente desfavorable a los intereses políticos de los oprimidos y en el que conviven la norma jurídica y el Estado de excepción, prevaleciendo este último sobre la primera. Subraya que “el totalitarismo moderno se define como el establecimiento de una guerra civil legal mediante el Estado de excepción” (Lövy, 2005: 96).

El régimen digital vuelve a la psicopolítica la forma predominante de práctica política en el Estado de excepción permanente. La conectividad en red ad infinitum, la mediación algorítmica de los dispositivos digitales facilita y optimiza las operaciones de acción psicológica, de propaganda, las operaciones de influencia y de desinformación para alterar el orden de valores y prácticas que fundan lo común. En la era de la digitalización reticulada, el campo de batalla es el cerebro humano porque lo que está en juego es la expansión sin límite de un paradigma tecnológico/político/económico/cultural cuyo fundamento es la colonización de la subjetividad.

La digitalización redefine al ser humano en su condición existencial porque lo expone a una lógica de cosificación que desacraliza la vida, la mercantiliza y que vuelve a las personas un producto provisional, precario y reemplazable (Han, 2014; Sadin, 2018, 2020). Las personas se vuelven datos, estadísticas, a través de un inédito modelo “industrial civilizatorio” (Sadin, 2018: 109). O como señala Joseph Achille Mbembe, como consecuencia de un nuevo tipo de praxis política, extrema, a la que define como “necropolítica” (Mbembe, 2011: 23) para describir el proceso de cosificación del ser humano que producen formas extremas de capitalismo, que imponen dinámicas de acumulación que naturalizan la deshumanización y las políticas de muerte.

En su acepción original la noción “necropolítica” implica la muerte efectiva o simbólica, que no sólo asume la visión neoliberal que monetiza la vida como valor de mercado, sino que, además, le juxtapone premisas de securitización. En este punto cobra relevancia la idea de “necroeconomía”, que reseña la emergencia de una gran masa de población superflua, grupos humanos a los que el capitalismo gestiona como excedentes, por dos vías: la aniquilación por goteo, exponiéndoles a todo tipo de peligros y riesgos, o la puesta en práctica del recurso de “zonificación”, aislándolos y encerrándolos en zonas de control (Mbembe, 2016).

Mbembe (2011: 77) describe como “gobierno privado indirecto” a la configuración político-financiera-securitaria sobre la que se asienta el Estado de excepción. Refiere al protagonismo de élites comprometidas con el objetivo de abolir lo político, para deslegitimar y destruir los recursos - simbólicos y materiales- necesarios para pensar y articular el sentido de lo común. Alude a un dispositivo imperial que aplica lógicas de aislamiento y de fragmentación, de desregulación y de deconstrucción identitaria, que imprime su propio sello a las relaciones de filiación naturalizando la dialéctica amigo-enemigo y se sirve de manera recurrente de la represión militarizada. Se trata de una dinámica que establece una secuencia de continuidades entre colonialismo, esclavitud, apartheid y

globalización neoliberal (Mbembe, 2011).

Luis Arizmendi utiliza la categoría “capitalismo necropolítico” para describir el “Estado de excepción global”, por el que todo está permitido y que funge como paradigma de gobierno predominante: “El Estado de excepción planetario es la respuesta temeraria e inestable de tendencia neoautoritaria para mantener en pie la subordinación de la economía mundial a las corporaciones globales” (Arizmendi & Ramírez Siles, 2021, p.49). Define al capitalismo necropolítico como aquel “que instala la política de muerte como fundamento de agresivas modalidades de acumulación por desposesión en beneficio de múltiples corporaciones transnacionales” (Arizmendi, 2019, entrevista).

En sus efectos la digitalización constituye una “industria de la vida” (Sadín, 2018: 171) que pregona “la obsolescencia” del ser humano (Sadín, 2018: 173). O, como lo plantea Yuval Harari, el riesgo de irrelevancia para millones de personas (“irrelevant people”): “La IA acelera la automatización de la economía, sustituyendo a los seres humanos en tareas rutinarias, pero también en tareas cognitivas, volviéndolas irrelevantes” (Harari, 2018: 98). Y puntualiza:

“Estamos entrando en un mundo diferente, altamente digitalizado y financiarizado, donde la violencia económica ya no se expresa en la explotación del trabajador, sino en hacer superflua a una parte importante de la población mundial” (Harari, 2018:98).

Las personas que pierden sus derechos económicos y sus derechos políticos son personas que se vuelven irrelevantes, advierte Harari (Harari, 2018) y precisa:

Los trabajadores del capitalismo industrial eran importantes como mano de obra y como consumidores, y sabían cómo traducir esa relevancia en poder político. Hoy son actores menores del capitalismo de datos, son materia prima que alimenta a los algoritmos con su información. Esta pérdida de importancia también reduce su peso político (Harari, 2018: 99).

Harari enfatiza el poder disruptivo que, combinadas, tienen la IA y la biotecnología: si el auge de la IA podría eliminar el valor económico y político de la mayoría de los humanos, “al mismo tiempo, las mejoras en biotecnología tal vez posibiliten que la desigualdad económica se traduzca en desigualdad biológica” (Harari, 2018: 139). Y agrega:

Los dos procesos juntos, la bioingeniería unida al auge de la IA, podrían por lo tanto acabar separando a la humanidad en una pequeña clase de superhumanos y una subclase enorme de Homo sapiens inútiles. Para empeorar todavía más una situación agorera, al perder las masas su importancia económica y su poder político, el Estado podría a su vez perder al menos algunos de los incentivos para invertir en su salud, su educación y su bienestar. Es muy peligroso no ser necesario. (Harari, 2018: 140)

La lógica deshumanizadora instrumental que pone en juego el régimen digital posibilita la configuración de un Estado de excepción en el que se naturaliza la muerte como parte de la normalidad política, porque la deconstrucción algorítmica de la vida que transforma a las personas en números, en información, en mercancía, en existencias irrelevantes implica una pulsión de muerte simbólica, social y política.

Organización algorítmica de la vida. Control. Vigilancia. Colonización de la subjetividad. Polarización política. Cosificación de la vida y muerte simbólica. Un Estado de excepción permanente se configura a partir de la masiva y efectiva ingeniería de control social que provee la extendida digitalización de la existencia. El abordaje sobre la privacidad de las personas y la posibilidad de construir algorítmicamente los consensos y disensos, las desarrolladas posibilidades de vigilancia gubernamentales y/o corporativas, el riesgo efectivo de que los ciudadanos pierdan el control sobre sus comportamientos y emociones son trazos profundos del orden neoautoritario que define la nueva normalidad social.

“El Big data anuncia el fin de la persona y de la voluntad libre”, enfatiza Han (2014: 26). El Estado de excepción permanente, y su correspondiente teología política salteándose el orden basado en reglas, expresa la tensión inherente a este proceso de resignificación profunda de la vida. En él coexisten la irreversible crisis del viejo orden provisto por la modernidad liberal y el impulso imparable de una cultura algorítmica que se vuelve determinante.

Bibliografía

- Acemoglu, D. (2022). The End of Real Social Networks. 7/11/2022. Project Syndicate. <https://www.project-syndicate.org/commentary/social-media-destroying-human-communication-by-daron-acemoglu-2022-09>
- Agamben, G. (2004). Estado de Excepción. Homo sacer II. Adriana Hidalgo Editora.
- Ay, L. (2014): Capitalismo necropolítico y Ayotzinapa, www.rebelión.org. <https://rebelion.org/capitalismo-necropolítico-y-ayotzinapa/>
- Ay, L. (2019): Entrevista personal, realizada en Ciudad de México el 20 y 22 de octubre.
- Ay, L. (2018) “Tendencia neoautoritaria y dinámica dictatorial en América Latina”, pp. 15-48, en Arizmendi, L. y Beinstein, J. Tiempos de peligro: Estado de excepción y guerra mundial. Plaza y Valdez.
- Arizmendi Rosales, L., & Ramírez Siles, V. (2021). Tendencia a Estado de excepción planetario y crisis global del siglo XXI. *Estudios Latinoamericanos*, 47–67. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484946e.2021.47-48.83334>
- Baricco, A. (2018). *TheGame*. Anagrama.
- Benjamin, W. (1973). *Sobre el concepto de la historia*. Madrid: Taurus.
- Berardi, F. (2018). Fenomenología del fin. Buenos Aires: Caja Negra.
- Butler, J. (2004). Vida precaria. El poder del duelo y la violencia. Buenos Aires: Paidós.
- Bridle, J. (2/2/2019). The Age of Surveillance Capitalism by Shoshana Zuboff review – We Are the pawns. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/books/2019/feb/02/age-of-surveillance-capitalism-shoshana-zuboff-review>
- Cadwalladr, C. (2016, 4 de diciembre). Google, democracy and the truth about internet search. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/technology/2016/dec/04/google-democracy-truth-internet-search-facebook>
- Castells, M. (2010). *Comunicación y poder*. Madrid: Editorial Alliance.
- Cohn, N. (2023, 20 de septiembre). Pew Research Center. The crisis is issue polling, and what we’re doing about it. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2023/11/20/upshot/polling-elections-issues-2024.html>
- Crawford, K. (2021). Atlas of AI. London: Yale University Press (digital edition).
- Data.AI (s.f.). The Evolution of Social Media Apps. Recuperado de <https://www.data.ai/en/go/the-evolution-of-social-media-apps/>
- Han, B-Ch. (2022). *Infocracia: digitalización y crisis de la democracia*. Madrid: Taurus (edición digital).
- _____ (2021). El móvil es un instrumento de dominación. *El País*. <https://elpais.com/ideas/2021-10-10/byung-chul-han-el-movil-es-un-instrumento-de-dominacion-actua-como-un-rosario.html>
- _____ (2014) En el enjambre. Barcelona: Herder.
- _____ (2014). *Psicopolítica*. Madrid: Taurus (edición digital).
- Harari, Y. (2023, 24 de marzo). You Can Have the Blue Pill or the Red Pill, and We’re Out of Blue Pills. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2023/03/24/opinion/yuval-harari-ai-chatgpt.html>
- _____ (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Buenos Aires: Debate (edición digital).

Goldstein J. & Sastry G. (2023, 4 de agosto). La próxima era de la propaganda impulsada por IA. 2023. Democracia Siglo XXI. Recuperado de <https://teodulolopezmelendez.wordpress.com/2023/04/08/la-proxima-era-de-la-propaganda-impulsada-por-ia/>

Kreps, S., & Kriner, D. L. (2023). The potential impact of emerging technologies on democratic representation: Evidence from a field experiment. *New Media & Society*. Recuperado de <https://doi.org/10.1177/14614448231160526>

Lévy, P. (2021, 27 de junio): Aunque muchos no lo crean, ya éramos muy malos antes de que existiera internet. *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/eps/2021-06-27/pierre-levy-aunque-muchos-no-lo-crean-ya-eramos-muy-malos-antes-de-que-existiera-internet.html>

Lyon, D. (2010). Surveillance, Power, and Everyday Life. In: Kalantzis-Cope, P., Gherab-Martín, K. (eds). *Emerging Digital Spaces in Contemporary Society*. Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1057/9780230299047_18

Lyon, D. (2017). Surveillance Culture: Engagement, Exposure, and Ethics in Digital Modernity. *International Journal of Communication* 11, pp. 824-842.

Löwy, M. (2005). *Walter Benjamin. Aviso de incendio*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mbembe, J. A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.

Mbembe, J. A. (2016), *Crítica de la razón negra*. Barcelona: Futuro Anterior Ediciones.

Olmo y Romero, J. (9/4/2019). Desinformación: concepto y perspectivas. Real Instituto Elcano. Recuperado de <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/desinformacion-concepto-y-perspectivas/>

Pariser, E. (2011). *The Filter Bubble: What The Internet Is Hiding from You*. London: Viking.

Ramírez, M. (2023, 10 de enero). Patricia Campos Mello, periodista: “El asalto de Brasilia se planeó en grupos públicos de WhatsApp y Telegram, ¿por qué los servicios de inteligencia no hicieron nada?”. *El diario.es*. Recuperado de https://www.eldiario.es/internacional/patricia-campos-mello-periodista-asalto-brasilia-planeo-grupos-publicos-whatsapp-telegram-servicios-inteligencia-no-hicieron_128_9855590.html

Rodríguez, P. (junio de 2018). Gubernamentalidad algorítmica. *Revista Barda*. Año 4, número 6. Recuperado de <https://www.cefc.org.ar/assets/files/barda-6.pdf>

Rouvroy, A. & Berns, T. (2016). “Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación. ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación?”. En *Adenda filosófica*, nro.1. Santiago de Chile, Doble Ciencia.

Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano*. Buenos Aires: Caja Negra

_____ (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*. Buenos Aires: Caja Negra.

(2018). *La silicización del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra.

_____ (2017). *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra.

Smialek J. & Tankersley J. (2023, 17 de noviembre). Want to Know What's Bedeviling Biden? TikTok Economics May Hold Clues. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2023/11/17/business/economy/tiktok-biden-economy.html>

Schmitt, C. (2004). “Teología política I. Cuatro capítulos sobre la teoría de la soberanía”, en H. Aguilar, *Carl Schmitt, teólogo de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Tufekci, Z. (2018). How social media took us from Tahrir Square to Donald Trump. MIT Technology Review. Recuperado de <https://www.technologyreview.com/2018/08/14/240325/how-social-media-took-us-from-tahrir-square-to-donald-trump/>

_____ (2017). *Twitter and tear gas*. Yale University Press.

Vosoughi, S., Roy, D., & Aral, S. (2018). The spread of true and false news online. *Science*. <https://doi.org/aap9559>

Zuboff, S. (2023). Vivimos una distopia accidental. *Ethic*. <https://ethic.es/2023/02/vivimos-en-una-distopia-accidental/>

_____ (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2016). The Secrets of Surveillance Capitalism. Recuperado de <https://www.faz.net/aktuell/feuilleton/debatten/the-digital-debate/shoshana-zuboff-secrets-of-surveillance-capitalism-14103616.html>

_____ (2015). Big Other: Surveillance Capitalism and the Prospects of an Information Civilization. *Journal of Information Technology & Politics*. Zuboff, 2015: 75-98.

Sobre el autor

Enzo Girardi

enzogirardi@hotmail.com

Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Escuela de Humanidades, Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL). Docente de la Maestría en Estudios Latinoamericanos y en el Doctorado en Ciencias Humanas. Coordinador del grupo de investigación sobre Cibersociedad, ciberdefensa, ciberseguridad y protección de datos personales (C3PDP). Investigador invitado en el Departamento de Estudios Políticos Globales (GPS) en la Universidad de Malmö.